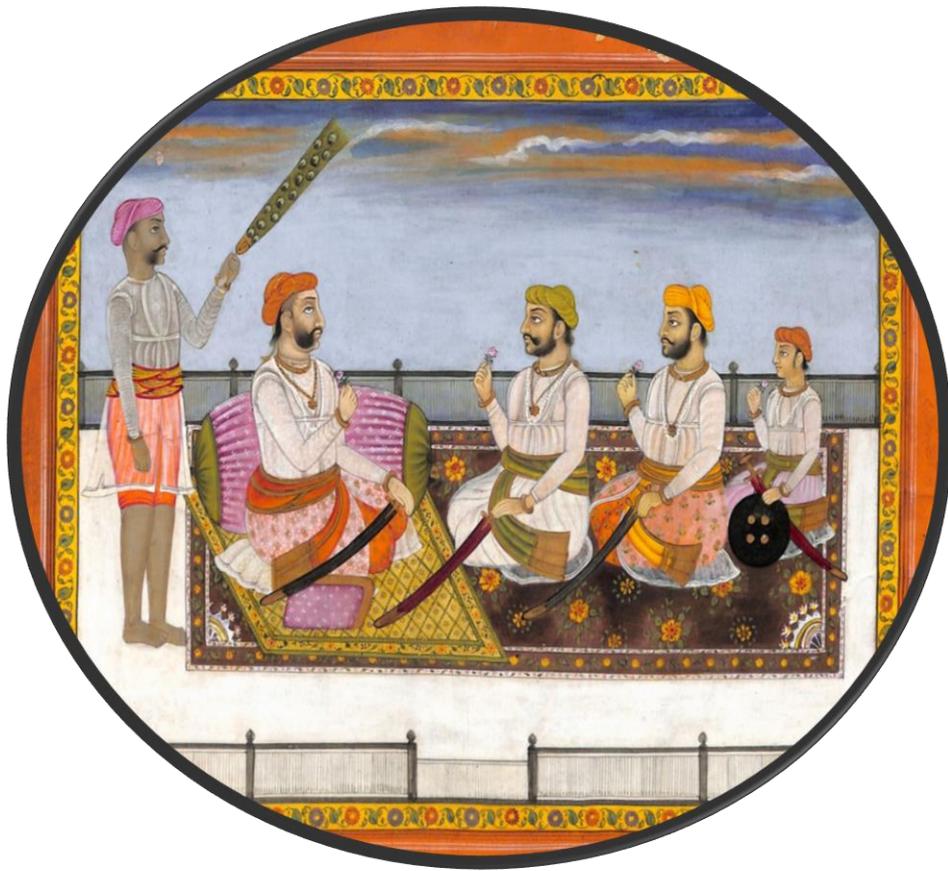


Hacia el Gran Mogol

Capítulo 1

Nueva Delhi



Pedro Martín González

Antes de marchar había leído ya algunos títulos más que sugerentes. Sí, un puñado de buenos libros que cualquier viajero que pretenda adentrarse en la India profunda debería guardar en su equipaje: *Viaje al Gran Mogol, Indostán y Cachemira*, del francés Francois Bernier; *Arms and armours: traditional weapons in India*, de E. Jaiwant Paul; *“Donde los dioses son piedras”*, de Normal Lewis; *“Viaje más allá de los tres mares”*, de Afanasi Nikitin; y, desde luego, me había deleitado mirando los álbumes fotográficos de Lala Deen Dayal.

Todos ellos me acompañarían en mi nuevo periplo: un viaje en el que visitaría Delhi y atravesaría los Estados de Uttar Pradesh, Madhya Pradesh y Orissa.

Aunque nunca permanecí mucho tiempo en Nueva Delhi por resultarme una ciudad tremendamente difícil sabía de primera mano que guardaba en el interior de sus museos el recuerdo de un rico y remoto pasado y, a pie de calle, el fruto arquitectónico de un tiempo de esplendor ya pretérito, unos siglos en los que el Imperio Mogol habría gobernado la India y en los que florecerían, no solo la arquitectura, que gestaría algunas de las construcciones más emblemáticas del país, sino también las finas artes y las ciencias, actividades que potenciarían los distintos dirigentes mogoles conformando así uno de los episodios más interesantes de la historia del Subcontinente.

Mi idea era detenerme unos días en la capital para pasar unas horas en el Museo Nacional de Historia y ver, con mis propios ojos, las hojas de espada, fabricadas en cobre y bronce, rescatadas de las ruinas de Mohenjo Daro y Harappa. Después, quería visitar el Fuerte Viejo -*Purana Qila*- y el impresionante *Fuerte Rojo*, dos vestigios extraordinarios de la historia india.

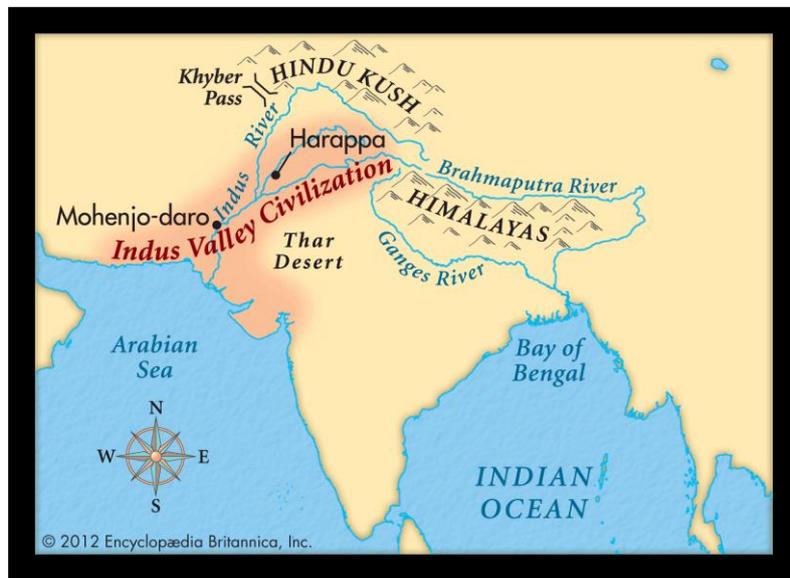
Más allá de Delhi no podía dejar de lado Agra, en Uttar Pradesh, una ciudad que por razones muy personales había evitado en mis anteriores estancias (una de ellas, quizá la más destacada, alejarme de la enorme cantidad de visitantes que cada año se desplaza hacia la antigua capital del Imperio Mogol para admirar el Taj Mahal, una de las joyas Patrimonio de la Humanidad en suelo indio). No obstante esto, yo asociaba Agra con la práctica del *khusti*, una de las Artes Marciales indias de mayor popularidad cuyas demostraciones públicas aglutinan aún hoy a cientos de aficionados. Este Arte Marcial, que había estudiado con anterioridad en la ciudad de Benarés, hundía sus raíces en los pueblos conquistadores musulmanes que habían ocupado India en distintas etapas de su historia.

Mi siguiente destino, situado al sur de Agra, sería Khajuraho, en el Estado de Madhya Pradesh. Sus impresionantes templos, construidos entre los siglos X y XI por los reyes de Bundelkhand pertenecientes al clan de los Chandela, una de las tribus de los Rajputs, merecían no una visita fugaz sino todo un viaje.

El estudio de sus bajorrelieves era de mucho interés para mi investigación. Había, en efecto, mucho donde mirar, pues, aún en la actualidad, son más de veinte las

construcciones religiosas que permanecen en pie de un total de más de ochenta templos de los que el registro arqueológico tiene constancia. No me defraudaron.

La escultura es una de las piezas clave para estudiar el desarrollo de las armas y de las Artes Marciales en el norte de la India y ese era también uno de mis objetivos al dirigirme a Khajuraho, un espacio verdaderamente sagrado conocido mundialmente por sus esculturas con contenido erótico, que guardaba, además, muchos otros secretos para el viajero con capacidad de observación y armado de curiosidad.



Mi viaje culminaría en Orissa, en la costa oriental del país, una de las zonas más deprimidas de la India en la que aún coexisten algunas de las tribus drávidas más emblemáticas, tales como: *Murias, Saoras, Parajas, Godba, Mirigan, Kova, Bunda, Hondh.*

Llegaría a Orissa al calor del libro de aquel gran escritor de viajes que fuera Norman Lewis. Su magnífica obra me había tocado en lo más hondo del corazón y aunque no me detendría el tiempo que merecía aquel rincón de la India sí quería, al menos, acercarme a Bhubaneswar, su capital, situada muy cerca de las cuevas de Kandagiri y Udaigiri, unos lugares que contienen algunos de los frescos más importantes y solicitados si uno pretende entender el desarrollo de la espada en aquél país.

Otros de los atractivos que para mí tenía el Estado de Orissa eran sus viejas Artes Marciales, como el *paika akhada* o el *lalai*, unas formas de lucha que están hoy en claro retroceso, constituyendo un ejemplo más de la deriva de muchos saberes

populares -danzas, baladas, teatros- que fueron en su día parte esencial de los pueblos tradicionales y que en la actualidad están siendo relegados por actividades más modernas, importadas y competitivas. Existen en India otros ejemplos de esta situación, como sucede con el *kathi samu*, de Andra Pradesh, o el *thangta*, de Manipur, en el extremo más oriental del país.

Había cogido una habitación en un hotel no muy lejos de *Connaught Place* –uno de los centros neurálgicos de Nueva Delhi- y aunque la distancia que me separaba del Museo Nacional no era excesivamente grande, todo cambia cuando hay que sortear los avatares cotidianos que se suceden al caminar por las calles de las grandes ciudades indias, y no me refiero solo al tráfico –hay muy pocos semáforos, incluso en la capital- sino a quienes te abordan a plena luz del día para solicitarte cualquier cosa –una limosna, limpiarte los zapatos, solucionar un problema de oído, venderte un producto indeterminado, conducirte al bazar, ofrecerte un hotel con ventajas, alquilarte bicicletas, hablar inglés y practicar el idioma que te atrevas a proponer, rivalizar contigo con su más que probado seguidismo madridista o azulgrana, etcétera-. En la vía pública el acecho al viajero es inmediato y hay que aprender a desplazarse con esa presión añadida.

A primera hora de la mañana, con un ejemplar bajo el brazo de “*Arms and armours: traditional weapons in India*”, me encaminé hacia mi primer destino.

El Museo Nacional de Nueva Delhi expone ejemplares procedentes de yacimientos arqueológicos de todo el territorio nacional pero, de entre todos aquellos tesoros, mi principal objetivo estaba focalizado en las espadas y arpones fechados en el tercer milenio antes de nuestra Era. Sí. Aquellas piezas de Arqueología eran mucho más que meras herramientas de caza, pesca o guerra, suponían un testimonio directo de la primera Civilización del valle del Indo y, desde luego, eran las espadas más antiguas rescatadas del olvido en tierras del Subcontinente.

En su excelente trabajo, E. Jaiwant Paul nos adentra en la epopeya de la espada india, haciéndolo a través de un recorrido que abarca toda la extensa geografía del país. El autor nos conduce desde la Civilización del Valle del Indo a la Edad Contemporánea, desgranando, en un viaje apasionante, la historia de este elemento tan cargado de simbología. Al mismo tiempo, siguiendo una estela que no se limita a la mera anotación de los muchos acontecimientos históricos de aquella vasta cultura, nos introduce en otras formas de arte en las que las armas también dejaron huella, unas manifestaciones artísticas que en muchos casos y debido a la escasez de piezas en óptimo estado de conservación resultan ser elementos indispensables para acometer, con un mínimo de rigor, la evolución de la espada en India. Para conseguirlo, nuestro escritor investiga en la literatura clásica, la pintura, las miniaturas medievales, la escultura o la numismática.

En el Subcontinente Indio la sombra de la Civilización es muy alargada. Desde el Neolítico temprano se iría gestando en las fértiles tierras del Valle del Indo la que

llegaría a ser una de las primeras civilizaciones del mundo. En efecto, la datación de aquella Civilización está fechada en 2800 a. C.

Aunque aquella cultura estuvo marcada por las importantes ciudades de Harappa y Mohenjo Daro, vestigios anteriores demuestran que los asentamientos humanos fueron un hecho en el VI milenio a. C. Son más de cien los núcleos urbanos que podrían haber conformado aquella próspera Civilización, un gran número de ciudades que se extenderían a lo largo de un inmenso territorio en el que hoy se asientan los países de Afganistán, Pakistán e India, ocupando más de un millón de kilómetros cuadrados que irían desde las estribaciones del Himalaya al Océano Índico.

Las ciudades del Indo contarían con una perfecta organización y un diseño planificado de calles, plazas, ciudadelas, baños, canales y saneamientos; en ellas se distribuirían claramente las actividades laborales –agricultura, ganadería, artesanía o metalurgia; sus habitantes habrían desarrollado un comercio interior dinámico y otro, exterior, relacionado con territorios tan alejados como Elam, Sumer o Egipto; además, poseerían escritura propia, sellos y artesanía.



Las armas conservadas, pertenecientes a aquella época tan antigua, incluyen: hachas, lanzas, mazas, hondas, arcos, flechas, dagas y espadas, todas ellas fabricadas en cobre o bronce. Como característica principal de aquellas espadas cabe destacar su tamaño, pues todas ellas son más cortas que las aparecidas en períodos posteriores.

Se cree que la fabricación de armas en el Valle del Indo no estaba tan desarrollada como en la vecina Civilización de Mesopotamia. Una razón, muy debatida por los especialistas, asegura que los habitantes de aquella primera civilización eran, antes

que nada, gentes de paz, y que el concepto guerrero no tendría cabida en su cultura.



Muy posteriores, aunque datadas en el 2000 a. C., las conocidas como “*espadas de antenas*” pertenecientes a la “*Cultura de los Depósitos de Cobre*”, se fabricarían también en ese metal. Este tipo de espadas serían largas, de doble filo y con una gran costilla medial. En los ejemplares registrados la empuñadura se bifurca, como lo hacen las antenas de los insectos, de donde toman su nombre. Lo más característico de estas armas es que empuñadura y hoja están fabricadas en una sola pieza. En el Museo Nacional de Nueva Delhi pueden observarse ejemplares procedentes de estas culturas primigenias.

A las espadas de antena de cobre les sucedieron las de hierro, un metal mucho más resistente y capaz de mantener un filo eficiente en su encuentro con otras hojas de espada. El hierro se conserva más y mejor que el cobre y es, por tanto, más apropiado para la fabricación de armas y herramientas.

E. Jaiwant Paul clasifica los ejemplares de esta etapa en dos categorías: espadas destinadas a empujar y pinchar, con hojas que se estrechaban en el centro y se ensanchaban cerca de la punta, y un segundo tipo, con bordes paralelos y rectos, que terminaría en punta. Ambas espadas tendrían un guardamano plano y un tope,

también plano en su extremo, para poder empuñarse con firmeza. Existía también una variable de estas dos armas: una espada con forma de cuchara.



Otro yacimiento de interés es Hastinapur, situado al noreste de Nueva Delhi, donde llegué de regreso de un viaje por Haridwar, Rishikesh, Kedarnat y Gangotri. En este lugar los restos más antiguos que han podido rescatarse datan de la primera mitad del segundo milenio antes de nuestra Era. El ajuar desenterrado está compuesto de un total de 135 objetos de hierro que incluiría: flechas y puntas de lanza, tenazas, ganchos, hachas y cuchillos. Estas piezas y otras más halladas en el conjunto arqueológico de Kurukshetra, en Haryana, demuestran una industria muy desarrollada para aquel momento.

El siguiente estadio de investigación correspondería a las espadas pertenecientes a los períodos Kushan, Maurya y Gupta.



En Gandhara el tipo de espada sería la romanizada, de hoja corta y costilla central. Estas armas tenían empuñaduras con un pomo de plataforma pequeño y poseían una sencilla banda protectora. Las espadas que aparecen en Mathura tienen, en su mayor parte, un pomo de plataforma más ancho y un anillo de protección en la base de la hoja. En Mathura aparecen también otras espadas que no son de tipo indio, sino del estilo utilizado en Asia Central, con mayores proporciones de lo que era habitual en el norte de India en aquellos tiempos. El mismo John Marshall,

eminente arqueólogo inglés que dirigiera durante décadas el Servicio de Arqueología de la India, rescataría en el yacimiento de Taxila espadas de estilo romano datadas en el siglo II.

En relación a las armas del Imperio Gupta los trabajos de identificación están centrados en la numismática y en las inscripciones en piedra, apareciendo en ellas diferentes armas de guerra tales como: *parasu* (hacha), *sara* (flecha), *sanku* (lanza), *prasa* (dardo), *asi* (espada), *toamra* (bastón de hierro), *bhindipala* (jabalina), *naracha* (flecha de hierro) o *vaitastika* (cimitarra).



Existe un gran vacío en los tiempos posteriores a estos imperios, el diseño de espadas retrocedería, se estancaría y volvería a los patrones que le sirvieran de referencia en sus orígenes. No sería hasta el siglo IX, con la llegada de los pueblos Rajputs, que se volverían a diseñar nuevas espadas y el arte resurgiría con fuerza hasta llegar al que sería su momento cúspide, un hecho que ocurriría con la irrupción de los mogoles en el siglo XVI.

Una de las razones de mi interés por la armología india surgiría a raíz del descubrimiento del trabajo fotográfico de Lala Deen Dayal (1844/1905). En su obra, aquel pionero mostró un esplendor que nunca más volvería a sucederse. En efecto, la aristocracia que fotografiara exhibía, de manera ostentosa, una posición social extraordinaria: la de los últimos *maharajas*. La suntuosidad que acompaña a gran parte de los documentos fotográficos contrasta, de manera significativa, con la dura realidad que soportaría la población mayoritaria del país en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX. No obstante, el trabajo del artista resulta de gran utilidad para observar cómo vivían aquellos aristócratas, últimos exponentes del antiguo régimen.

Las fotografías de Deen Dayal ponen también de manifiesto el estado de conservación de muchos monumentos emblemáticos erigidos por los Mogoles –en Delhi, Jaipur o Agra- y de los Chandellas –en Khajuraho- gran parte de los cuales hoy ya han desaparecido.



Además de ello, las espadas que portan los dignatarios en las sesiones fotográficas son un extraordinario motivo de investigación, pues en ellas aparecen: armaduras, espadas, dagas, escudos, lanzas, etc.

Todo esto, desde luego, sin minusvalorar el ambiente que reflejan las numerosas instantáneas tomadas en calles y plazas, en las que se muestran: oficios y escenas costumbristas.

Lala Deen Dayal llegaría a ser fotógrafo de la Reina Victoria, cosecharía numerosos premios nacionales e internacionales, abriría estudios en diferentes ciudades de la India -Bombay, Chennai, Hyderabad- y legaría a sus descendientes un apellido artístico de renombre, además de un oficio bien considerado, distinguido y apoyado por la clase dirigente del país.

Las fotografías de Deen Dayal nos permiten ser testigos de paisajes que el progreso ha transformado inexorablemente, invitándonos a la observación minuciosa, haciendo posible la interpretación de miradas, gestos, andares y estancias e, incluso, permitiéndonos un diálogo con sus protagonistas: hombres y mujeres anónimos, maharajás, príncipes y princesas, guardias, guerreros o artesanos.

Las instantáneas del Fuerte Rojo de Nueva Delhi son conmovedoras. He transitado junto a esas murallas en más de una ocasión, pero el viaje que surge de la profundidad del pasado al observar esas fotografías resulta del todo diferente.

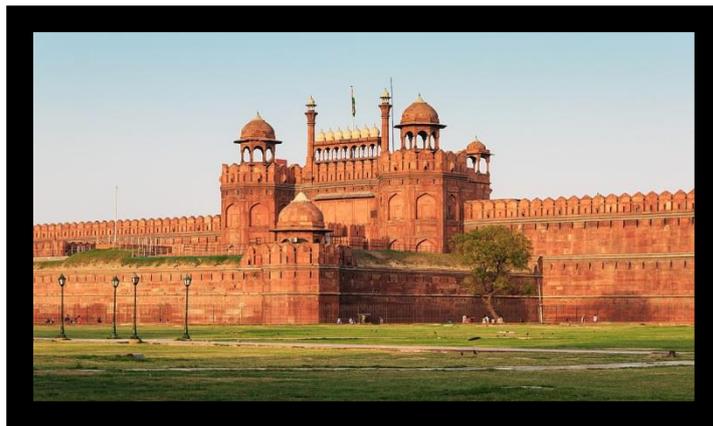
La ciudad de Nueva Delhi, tal y como la conocemos hoy, es una metrópoli construida sobre los restos de siete antiguos núcleos urbanos. La capital tomó su actual forma en el siglo XX y esta es otra razón por la cual los testimonios de Dayal son tan interesantes para conocer más y mejor su historia.

Otro testimonio escrito digno de tener en consideración es el del médico francés, Francois Bernier, quien en su libro "*Viaje al Gran Mogol, Indostán y Cachemir*" describe minuciosamente la Delhi del siglo XVII. En sus cartas se muestra con todo tipo de detalles el ambiente de ésta y otras capitales imperiales en las que residió, trasladándonos, a través de la nutrida correspondencia que mantuviera con sus amistades residentes en Europa, sustanciosas impresiones acerca de cada una de las ciudades. Su libro constituye una guía de mucha utilidad para comprender los tiempos de oro del sexto Gran Mogol: Aurangzeb.

Pasé las siguientes jornadas visitando algunos de los monumentos más emblemáticos de la Ciudad. En la tumba de Hamayun, el segundo Gran Mogol, advertí un indicio de lo que más tarde sería el Taj Mahal de Agra. La épica de este emperador es digna de elogio y la recuperación de su trono tras ser expulsado de India, resultaría ser una hazaña militar sin precedentes.

En *Purana Quila*, conocido como "*Fuerte Viejo*", se conserva el que es, quizá, el edificio más antiguo de Nueva Delhi. Construido por el afgano Sher Shah Suri fue finalizado bajo el mandato de Hamayun.

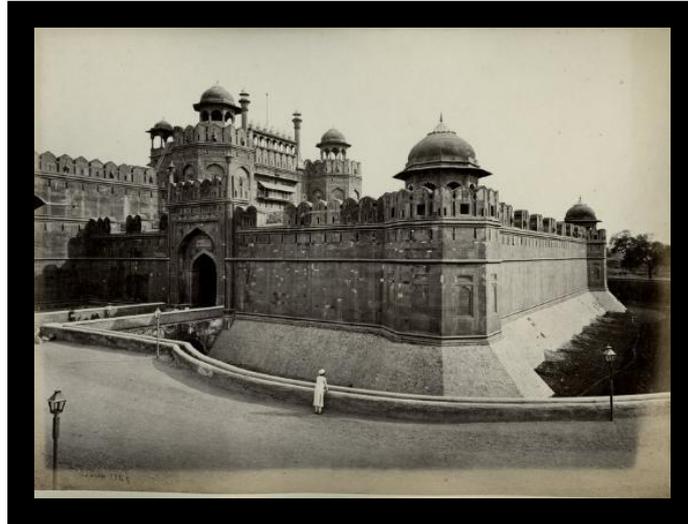
Finalmente, me dirigí al *Fuerte Rojo*, la impresionante muestra del esplendor Mogol.



Sería en 1638 cuando el mogol Shah Jahan trasladara la capital de su imperio, hasta entonces en Agra, a la ciudad de Delhi. El Fuerte Rojo de Delhi, con sus muros de arenisca roja, debió causar gran sensación en aquel tiempo, mostrándose como una fortaleza inexpugnable y grandiosa. Aquella ciudadela amurallada sería la sede del Imperio Mogol durante doscientos años. En 1837 se coronaría allí quien fuera el último emperador de la dinastía: Bahadur Shah Zafar.

Volviendo una y otra vez sobre las palabras de Francois Bernier atravesé la avenida que discurre delante de la Puerta de Lahore, un espacio por el que en un tiempo ya pasado transitarían los altos dignatarios antes de entrar en la fortaleza de su señor.

Los barones locales y jefes tribales llegarían, quizá, a lomos de elefantes vivamente engalanados. Los animales portarían sus propios estandartes, escudos protectores, adornos y armas. Alcanzarían finalmente el lugar acompañados del boato que a los nobles *-nawabs y marajas-* concedía el Gran Mogol, pues todos ellos, aunque sometidos a su poder -político y militar- serían bien considerados y protegidos.



El Gran Mogol otorgaba a sus súbditos más importantes sus propias mansiones *-havelis-* facilitándoles una vida más que digna en el contexto del momento pero exigiéndoles a cambio pleitesía y fidelidad.

Cuando llegué, la Puerta de Lahore ésta estaba custodiada por algunos policías y miembros de la seguridad nacional, pero yo quería volver la mirada hacia el pasado y darme de bruces con otra estampa más vetusta, una imagen en la que aparecían otros guardianes, muy diferentes, protegiendo el acceso al Palacio del Mogol. Todos ellos portaban las típicas espadas *talvar*, aunque otros blandían cimitarras, algunas tan extrañas como la espada *zulfiqar* cuya hoja se bifurcaba en dos mitades dentadas e intimidantes. No faltaban en sus cintos las dagas *khanjar* y sus escudos *dhal* de tipo *chirwa* que, fabricados en acero damasquino, eran también parte de su impresionante arsenal.

Nada más cruzar la Puerta de Lahore me encontré con *Chatta Chowk*. Entonces no era más que un bazar en el que se podían adquirir los productos típicos de la India *-inciensos, artículos de recuerdo, postales o libros-* pero me preguntaba una y otra vez cómo habría sido realmente aquel lugar hace cuatrocientos años.

¿Sería, como dicen las crónicas, ese punto de encuentro y confabulación, tertulia y reunión, que, tradicionalmente, significaron los bazares además de considerarse espacio de encuentro para el trueque y la compraventa, el intercambio y la especulación?



Abandoné *Chatta Chowk* y me introduje en *Naubat Khana*, situada inmediatamente después.

Naubat Khana era la sala de los tambores y desde ella los músicos anunciarían la llegada de los visitantes, avisando de ello al Emperador. Nadie custodia hoy en día aquella joya arquitectónica pero a mí me pareció ver a varios lanceros portando sus armas. En efecto, pude observar la *barchhah*, una extraordinaria y pesada lanza fabricada en hierro y utilizada mayormente por la infantería; otro guerrero, de feroz aspecto, portaba una lanza estilo *sang*, más pequeña que la anterior pero igualmente práctica y efectiva.

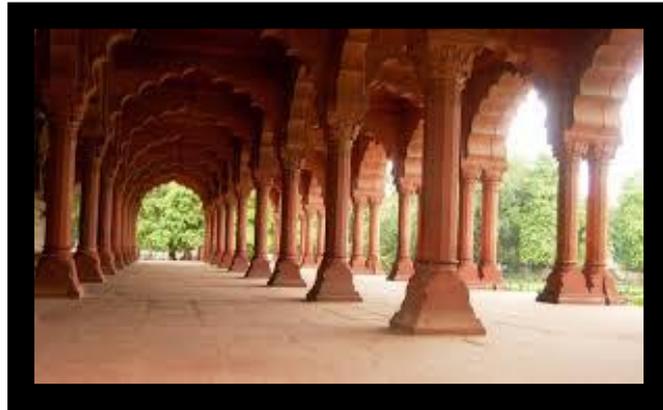


Dejé atrás a los músicos y crucé la explanada llegando a *Divan-i-Am*, el lugar que fuera sala de audiencias del Emperador. La impresionante estancia era el epicentro en el que el Gran Mogol escuchaba a su pueblo, sus peticiones, sus inquietudes, sus esperanzas.

El escritor francés, Francois Bernier, detalla en su obra la sala de audiencias del gran Auranzeg. Acceder a ese neurálgico lugar no sería tarea fácil, el perímetro del edificio estaría custodiado por la guardia personal del Gran Mogol: un ejército de

fieles guerreros que, lanza y escudo en mano y espada y daga envainadas, velarían por la integridad del señor.

En el interior de *Divan-i-Am* destacarían la utilización del mármol y las piedras preciosas, sus columnas y arquerías. El recinto estaría profusamente decorado con pinturas y motivos orientales representando animales y flores exóticas.



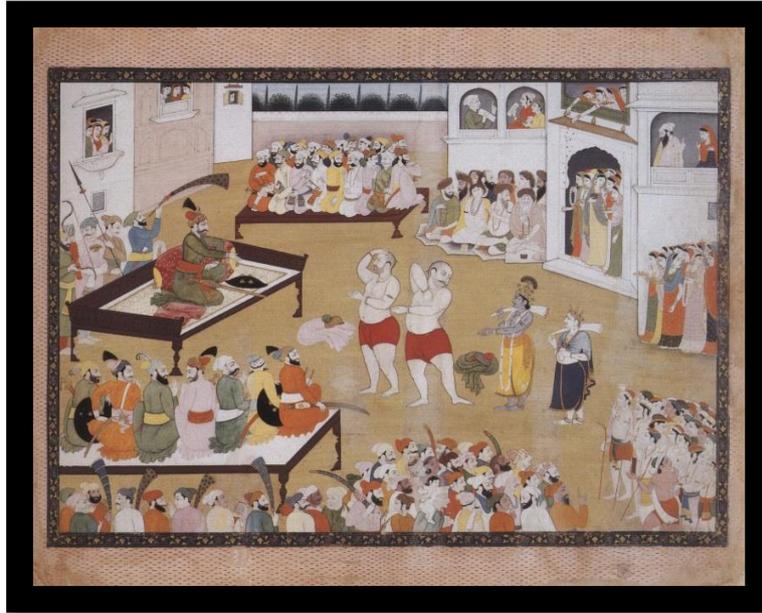
Cerré tímidamente los ojos para ver desde lo lejos al Gran Mogol, quien sostenía en una mano un cetro de acero damasquino, guardando, encintada y discreta, una bellísima daga con incrustaciones de rubíes y diamantes; es posible, incluso, que el emperador tuviera cerca una espada recta, o *gupti*, con empuñadura de jade y esmeraldas insertadas.

En aquellas audiencias –*darbar*– se utilizarían distintos idiomas y el Urdu sería, sin duda, uno de ellos; además, se escucharía hablar en Sánscrito, Bengalí, Hindi, Árabe, Turco o Persa.

Los invitados –*zamindares*, o barones locales; *mansabdares*, o funcionarios; *subedares*, o gobernadores provinciales; *sardares*, o comandantes militares– formarían en perfecto estado, estarían ordenados por jerarquía, situados en pie, manteniendo siempre la compostura, la educación y el decoro.

Todos ellos portarían, quizá, algún *khatar* –esa daga en forma de H tan típicamente india con una hoja en forma de triángulo–. Es posible que otros llevaran encintadas diferentes armas con procedencias dispares, entre ellas se encontrarían: la daga *jamadhar* de hoja ancha; distintos tipos de *khanjar*, una espada muy utilizada por los turcos; la daga persa *peshkai*; la afgana *karud*; incluso la *sailabah-i-qalmaqi* procedente de la lejana Kashgar.

Más allá de *Divan-i-Am* me encontraré con *Hayat Bakhsh Bagh*. Llevaba en la memoria el recuerdo de una miniatura mogol en la que se mostraba a un noble de la corte observando distintas escenas de lucha: una de las actividades favoritas de los pueblos musulmanes venidos de Persia y Asia Central.



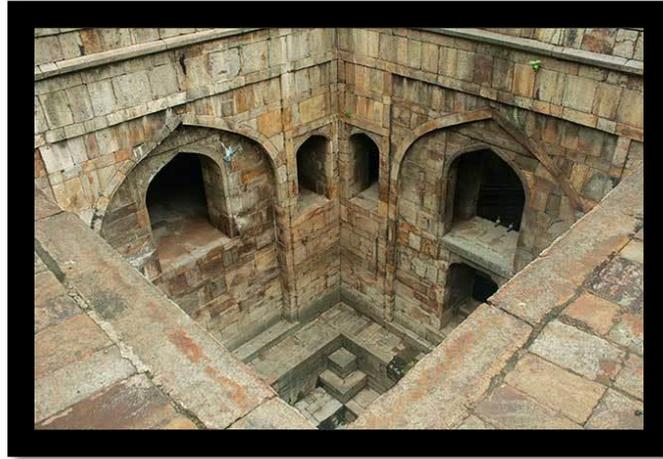
El *khusti* actual proviene en gran medida del *pehlwani*, un arte marcial que aún se practica en Pakistán, especialmente en Lahore, donde fueron muchos los campeones que residieron en otros tiempos de esplendor. Es bien seguro que aquel arte que trajeron consigo los conquistadores mogoles influyera notablemente en la lucha india autóctona. El resultado de tal combinación sería el actual *khusti*, una forma de arte marcial que se practica mayoritariamente en el Estado de Uttar Pradesh.

En la actualidad, los torneos de *khusti* reúnen a cientos de aficionados y sus celebraciones son esperadas con verdadera impaciencia en las ferias de pueblos y aldeas, conocidas como *melas*.

Divan-i-am dispondría incluso de *baoli* -estanque o aljibe- al estilo de los *akhara* de Benarés cercanos al río Ganges, donde los luchadores bajan a realizar sus baños rituales antes de entregarse a la práctica del *khusti* y, también, al finalizar las duras sesiones de trabajo.

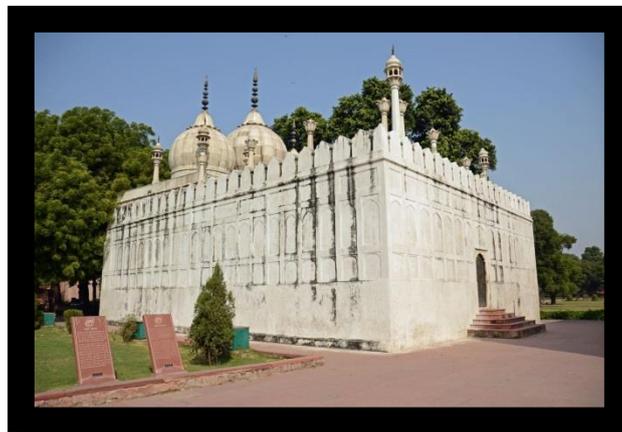
Llegando al *baolí* imaginé que aquél podría haber sido el lugar perfecto para que los arqueros mogoles practicasen el tiro al arco tradicional. El típico arco del Imperio Mogol -*kaman*- era de doble curvatura y para su construcción se utilizarían diferentes materiales: bambú, madera, hierro e, incluso, marfil. Los jinetes de sus ejércitos disparaban sus armas a galope tendido y de ellos se dice que eran consumados expertos pues, a decir verdad, este era uno de los deportes más genuinos de sus ancestros: los pueblos mongoles.

Hayat Bakhsh Bagh ha sido, sin lugar a dudas, el mejor *akhara* -lugar para la práctica de la lucha- que haya podido visitar en la India.



Dejé *Hayat Bakhsh Bah* convencido de que los Emperadores Mogoles habrían sabido alternar la música y el ajedrez, la pintura o la danza, con la lucha, el tiro al arco o la cetrería. En efecto, los mogoles fueron amantes tanto de las finas artes como de la guerra y sus estrategias; cultivaron las artes militares con tanta pasión y vehemencia como preservaron su salud, utilizando para ello los baños calientes, fríos y de vapor, así como los masajes, en los *hamman*; sin prescindir, claro, del cultivo del espíritu.

El Fuerte Rojo guarda en su profundidad la mezquita privada de Aurangzeg, llamada *Moti Masjid*.



Allí lo imaginé, tratando de hacer balance de su política, intentando encontrar una razón positiva a lo que había sido su propia vida, buscando, quizá, el perdón consigo mismo después de haber sembrado destrucción y división, después de haber saqueado los sagrados templos hindúes –algunos tan emblemáticos como los de Benarés o Mathura- para instaurar en India el único credo en él confiaba.

Pero ese perdón que quizá buscara en la mezquita sólo la historia podrá concedérselo. Sólo así podrá obtener, al menos, el descanso eterno en aquel que es hoy su panteón, en la ciudad de Aurangabad, Estado de Maharastha.

Kenshinkan dôjô 2018